

como desasosegado, y un verdadero afan por los bienes de fortuna, tiene justo motivo para reprobarse á sí mismo y corregirse, reflexionando que *ninguno puede servir á dos señores*: que evidentemente el mundo y las riquezas son el dueño de su corazón, y Dios no tiene en él parte alguna. Con lo que hemos expuesto hasta aquí queriendo dar una idea de las precauciones que debemos tomar para ser cumplidos en el servicio del Señor, creemos haber dicho lo bastante acerca de la primera obligación del cristiano, que quiso reducir el divino Maestro, epilogando su admirable doctrina en este punto, á dos palabras: *Buscad, pues primeramente el reino de Dios y su justicia; y todas estas cosas os serán añadidas.*

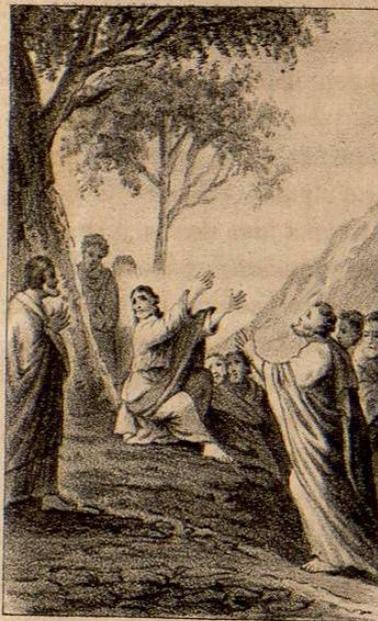


### DOMINGO DECIMOQUINTO

#### DESPUES DE PENTECOSTES.

Este domingo se llama en la Iglesia el domingo del hijo de la viuda de Naim, por cuanto á que el milagro de la resurrección de éste es el asunto del evangelio que se lee en la misa. La epístola de este día es una continuación de la del domingo antecedente, y el introito es una breve pero afectuosa oración que el alma hace á Dios animada de una viva confianza en su misericordia.

“Señor, escucha mi oración y óyeme, exclama David, porque soy pobre y necesitado. Conservadme, Dios mio, y salvad á un siervo que pone en vos solo toda su esperanza. Tened compasión, Señor, de un siervo que no cesa de implorar día y noche vuestra misericordia. Consolad, Señor, el alma de vuestro siervo, pues en su aflicción y en sus penas pone en solo vos toda su confianza é implora vuestra sola ayuda.” Una



*Domingo 14 despues de Pentecostés. Domingo 16 despues de Pentecostés.*



*Domingo 18 despues de Pentecostés. Domingo 19 despues de Pentecostés.*

de las mejores disposiciones para que la oracion sea eficaz, es sentir uno su pobreza y su necesidad. Cuando todo nos lisonjea, cuando todo tiene para nosotros un semblante risueño, estamos contentos; pero cuando todo el resplandor que nos embaucaba se apaga ó se oscurece, cuando la pobreza se nos echa acuestas, cuando nos vemos abandonados y aborrecidos de las criaturas, recurrimos á Dios con confianza y con fervor. Siempre es viva la oracion humilde, y siempre es eficaz cuando nace de un corazon contrito y humillado. Pocos salmos hay mas afectuosos que este. Un siervo de Dios es quien derrama su corazon delante del Señor con una entera confianza: un cristiano, acometido de una tentacion violenta, no puede hacer una mas bella deprecacion; nada es mas vivo, nada mas afectuoso, nada mas tierno que este salmo ochenta y cinco: este salmo debia ser nuestra ordinaria deprecacion cuando estamos afligidos y desconsolados.

La epístola, como hemos dicho, es una continuacion de la antecedente y al mismo tiempo nos dá en ella el apóstol una instruccion circunstanciada de los mas importantes puntos de la moral cristiana, en que se interesan todos los fieles y que mira á todas las edades y condiciones.

Si estamos animados, nos dice el apóstol, del Espíritu de Dios, si no vivimos segun la carne ni segun los perniciosos deseos de la concupiscencia, si somos verdaderamente cristianos, vivamos de un modo totalmente cristiano; si el espíritu de Jesucristo es el que nos anima, caminemos tambien segun este espíritu. No séamos codiciosos de vana gloria, tirándonos unos á otros y teniéndonos envidia por un secreto celo tan contrario á la caridad: si no hubiera orgullo, no habria divisiones, disputas ni quejas. La diversidad de sentimientos nace por lo comun de una vanidad secreta que no quiere sujetarse á ageno dictámen. Hermanos mios, añade San Pablo, si alguno se hubiere dejado sorprender hasta cometer alguna culpa, los que sois espirituales, aconsejadle con espíritu de mansedumbre lo que debe hacer. Dice esto San Pablo, porque algunos doctores, animados de un falso celo y de un espíritu de soberbia, se

habian puesto á dogmatizar, con lo cual habian introducido la turbacion y la division en aquella iglesia. Jamas hubo herege ni cismático que no buscasse partidarios. Abusando, pues, aquellos falsos doctores de la simplicidad de los nuevos fieles de Galacia, habian envuelto á muchos en el error; y así San Pablo exhorta á los presbíteros, y á todos los que se sentian animados del espíritu de Jesucristo, á que abran los ojos á los que habian caido en los lazos, á que les alarguen la mano y los vuelvan al camino que habian dejado. Guardaos bien de dejaros arrebatados de aquel celo amargo, que en lugar de curar las llagas, las exaspera y encona; para esto el mejor medio es que cada uno considere su propia flaqueza, y reflexione que aunque haya sido mas fiel, no por eso es menos capaz de dar en los mismos desbarros. La vista de lo que somos no nos debe hacer olvidar lo que podemos ser. No hay pecado, dice San Agustín, de que no séamos capaces si Dios no nos sostiene. El conocimiento de nuestra propia flaqueza siempre inspira mas compasion que ira contra los pecadores. Jesucristo, dicen los santos padres, no quiso dar las llaves del reino de los cielos á San Juan porque habia vivido siempre en la inocencia; diólas á San Pedro, que por su caida habia experimentado demasiado su propia flaqueza sin embargo de su fervor: Y tú, le dijo el Señor, cuando hubieres vuelto en tí, confirma á tus hermanos. Un ministro del Señor, experimentado é instruido por sus propias caidas, tiene mas compasion de las caidas de los otros; y sin condescender jamas con el pecado, usa siempre de indulgencia con el pecador. Considerándote á tí mismo, añade el apóstol, y temiendo no seas tambien tú tentado. Los que son tan severos con los otros, no lo son siempre consigo mismos. No hay otra cosa que personas que andan por el camino ancho, al mismo tiempo que no quieren conducir á los demas sino por sendas muy estrechas; mas para confundir esta hipócrita severidad, permite Dios muchas veces que estos inexorables médicos espirituales caigan en el mal, para el cual recetaban remedios impracticables, y que por la necesidad que tienen ellos mismos de que se use con ellos de indulgencia, aprendan á usarla con los otros pecadores.

La dureza del alma es una prueba de la soberbia que reina en el hombre; por eso dice el apóstol, que si alguno se imagina ser algo, no siendo nada, se engaña á sí mismo. Examine bien cada uno lo que ha hecho y lo que hace, y á buen seguro que no se gloriará sino de lo que es en sí mismo y no de lo que son los otros: lo que nosotros somos lo dicen nuestras enfermedades y nuestras flaquezas; y si descubrimos con tanta suspicacia los defectos ajenos, es por tener el maligno gusto de creernos exentos de ellos y arrogarnos por esta buena opinion de nuestra pretendida virtud un derecho de superioridad sobre los otros. Desengañémonos; nuestro mérito no se funda, ni sobre las virtudes, ni sobre los defectos de los otros. "Nuestra gloria (dice San Pablo) es el testimonio de nuestra conciencia, fundado sobre el modo como nos hemos portado en este mundo, si hemos andado delante de Dios con un corazón recto y sincero, no obrando segun la prudencia de la carne, sino segun la gracia de Dios, principalmente en lo que mira á nosotros mismos." Cada uno llevará su carga, no se nos pedirá cuenta de los talentos que los otros han recibido, sino de los que hemos recibido nosotros; los defectos ajenos no nos justificarán á nosotros.

No os engañeis, nadie se burla de Dios impunemente: por mas que cada uno se forme un sistema de conciencia á su modo para evitar los remordimientos que trae consigo el pecado, Dios no juzga sino segun su propio sistema. Puedes deslumbrar á los hombres, ¿pero quién es capaz de deslumbrar á Dios? La hipocresía se disfraza, pero no hay disfraz que valga delante de Dios. ¿Qué impiedad, que extravagancia, mostrarle á Dios otra cosa de lo que hay en nosotros y vivir de distinto modo que se cree ó se hace profesion de creer! ¿No es esto querer burlarse de Dios? Lo que el hombre hubiere sembrado eso cogerá: la cosecha siempre es correspondiente á la sementera; si se sembró mal grano, no se puede coger sino zizania: si solo hacemos obras de tinieblas, no podemos coger sino corrupcion; pero si sembramos obras de espíritu, esto es, si vivimos segun el espíritu de Dios, cogeremos la vida eterna.

El evangelio nos refiere la historia de la resurreccion del hi-

jo único de la viuda de Naim, con todas las circunstancias de este gran milagro.

Habiendo salido el Salvador de Cafarnaum, donde habia curado de una manera tan milagrosa al criado del Centurion, pasó por una ciudad llamada Naim. Era esta una pequeña ciudad hácia la extremidad de la baja Galilea, á dos millas del monte Tabor, entre la Galilea y la Samaria: acercándose, pues, el Salvador á aquella ciudad, vió una infinidad de personas que acompañaban el entierro de un jóven, hijo único de una viuda; aquí fué donde aquella palabra todopoderosa, que el dia antes habia sacado del lecho á un paralítico, hizo salir á un muerto de las andas. No es el acaso quien hace que el Salvador encuentre á este jóven que llevan á enterrar; su bondad es quien le hace ir á buscarlo para darle la vida. A este modo esos accidentes improvisos que convierten á los pecadores, cuando están en lo mas fuerte de sus desórdenes y cuando menos piensan en ello, de ningun modo son improvisos ni acasos respecto de Dios: su providencia los ha ordenado para nuestra salvacion, siguiendo en todo los designios de su misericordia.

Habiéndose llegado Jesus, vió todo aquel fúnebre aparato; los lloros de una madre sumamente afligida por la pérdida de un hijo que era todo su consuelo y toda su esperanza, le penetraron el corazon: no pudo verla, bañada en lágrimas y sollozando, sin enternecerse y moverse á compasion; y encarándose con aquella desconsolada madre, la dijo: No llores, consuélate; cese el motivo de tus lágrimas y de tu dolor, pues voy á resucitarte á tu hijo. A estas palabras se pararon los que llevaban las andas y todo el acompañamiento: todos ponen los ojos en el Salvador, cada uno aguarda cuál será el efecto de su promesa. Llegase Jesus á las andas, y pone en ellas su mano; parándose por respeto los que las llevaban, aguardan admirados qué era lo que iba á hacer. La expectacion de un tan gran prodigio suspende todo sentimiento de dolor; callan todos, y entonces el Salvador, encarándose al muerto, le dice con un tono imperioso: Mancebo, levántate, yo te lo digo. Levantáse el muerto al instante y se sienta, mira aquel lúgubre

aparato y á cuantos están al derredor de él y empieza á hablarles con la mayor serenidad; pero su mayor ansia era darle las gracias á su bienhechor. Desciende de las andas y va á postrarse á los piés de Jesucristo, de cuya omnipotente bondad acababa de experimentar una prueba tan clara y tan estupenda; pero el Salvador, todavía mas deseoso, por decirlo así, de hacer que fuese perfecto el gozo de aquella afligida madre, él mismo le presenta á su hijo y se lo vuelve sano y bueno. Ya se deja discurrir cuáles fueron los sentimientos de gozo de la madre y del hijo, y cuál la admiracion de todo el concurso. Todos cuantos fueron testigos del prodigio quedaron pasmados y penetrados de un santo terror que les hacia decir con profundos sentimientos de gratitud hácia Dios: En verdad que hemos visto y tenemos un gran profeta entre nosotros, y el Señor se ha dignado visitar á su pueblo.

Un gran profeta ha aparecido entre nosotros: los habitantes de Naim reconocen aquí á Jesucristo por el Mesías, por el gran profeta prometido de Dios por Moisés, el cual al capítulo diez y ocho del Deuteronomio, dice: El Señor os levantará de entre vosotros y de entre vuestros hermanos, esto es, de vuestra misma nacion un profeta como yo, y aun mucho mayor que yo; lo oireis, y obedecereis. Sirvense tambien los de Naim de los mismos términos y de la misma expresion de Zacarías para designar al Mesías: Bendito sea el Señor Dios de Israel, que ha visitado y redimido á su pueblo. San Lucas añade, que los habitantes de Naim decian del Salvador, y lo que acababa de hacer, se esparció por toda la Judéa y en todos los paises circunvecinos. No hay que extrañar que toda la Judéa estuviese llena del ruido de este milagro y de tantos otros como habia obrado el Salvador; pero que todos estos milagros tan conocidos, tan incontestables, no pudiesen libertar á Jesucristo de la muerte mas ignominiosa, es un prodigio de ceguedad, de ingratitud, de estupidez, de iniquidad en el pueblo que la decretó y ejecutó, que no es fácil ni se puede comprender.

*La epístola es de los capítulos V y VI de la San Pablo á los Gálatas.*

Hermanos: Si vivimos por el espíritu de Dios, procedamos también según el espíritu. No séamos ambiciosos de vana gloria, provocándonos los unos á los otros y recíprocamente enviándonos. Hermanos, si alguno (como hombre) cayere desgraciadamente en algún delito, vosotros los que sois espirituales al tal amonestadle con espíritu de mansedumbre, haciendo cada uno reflexión sobre sí mismo y temiendo caer también en la tentación: comportad las cargas unos de otros, y con eso cumplireis la ley de Cristo; porque si alguno piensa ser algo, se engaña á sí mismo, pues es nada. Por tanto, examine cada uno sus propias obras, y así tendrá entonces motivo de gloriarse en sí mismo solamente y no respecto de otro; porque cada cual cargará con su propio fardo. Entretanto, aquel á quien se le instruye en las cosas de la fe, asista de todos modos con sus bienes al que le instruye. No queráis engañaros á vosotros mismos: Dios no puede ser burlado. Porque lo que un hombre sembrare, eso recogerá: y así, el que siembra para su carne, de la carne recogerá la corrupción; mas el que siembra para el espíritu, del espíritu recogerá la vida eterna. No nos cansemos pues, de hacer bien, porque si perseveramos, á su tiempo recogeremos el fruto. Así que, mientras tenemos tiempo hagamos bien á todos, y mayormente á aquellos que son, mediante la fe, de la misma familia que nosotros.

*El evangelio es del capítulo VII de San Lucas.*

En aquel tiempo: Iba Jesús á una ciudad llamada Naim, y con él iban sus discípulos y mucho gentío. Y cuando estaba cerca de la puerta de la ciudad, he aquí que sacaban á enterrar á un difunto, hijo único de la madre, la cual era viuda; é iba con ella grande acompañamiento de personas de la ciudad. Así que la vió el Señor, movido á compasión, le dijo: No llo-

res; y arrimóse y tocó el féretro, y los que lo llevaban se pararon. Dijo entonces: Mancebo, yo te lo mando, levántate. Y luego se incorporó el difunto y comenzó á hablar, y Jesús le entregó á su madre. Con esto quedaron todos penetrados de un gran temor, y glorificaban á Dios, diciendo: un gran profeta ha aparecido entre nosotros, y Dios ha visitado á su pueblo.

MEDITACION.

*Sobre la muerte.*

Considera que hemos de morir una vez: no moriremos sino una sola vez. No sabemos cuando moriremos, en qué lugar ni en qué estado; pero moriremos mas pronto de lo que imaginamos, y si no vivimos con vigilancia, moriremos sin pensar en que hemos de morir. Tal es la muerte, cual ha sido la vida: nadie aprende en un momento la profesión en que jamás se ha ejercitado, ni la desaprende tan pronto cuando siempre la ha estado practicando. ¿Amarás á Dios en la muerte, después de haberle aborrecido en vida? ¿Aborrecerás el pecado en la muerte después de haberle amado en vida? Jamás te has ejercitado en actos de virtud, ¿cómo los harás estando enfermo? No sabiendo otra profesión que la de cometer pecados, ¿al morir podrás olvidarla? Después de la muerte serás juzgado, y después del juicio quedarás salvo ó condenado. ¿Qué quisieras entonces haber hecho? ¿Qué quisieras no haber hecho? ¿Qué quisieras haber sufrido? ¿Qué quisieras no haber sufrido? Haz, pues, todo lo que querrás haber hecho; abstente de lo que no querrás haber ejecutado; sufre lo que querrás haber sufrido, y no sufras lo que no querrás haber tolerado.

Considera que hemos de dejar todos los bienes en la puerta de la eternidad: nuestra gloria no bajará con nosotros al sepulcro: nuestros deleites se convertirán en amarguras, y nuestro amor en aborrecimiento. No llevaremos con nosotros de este mundo sino el bien ó el mal que hubiéremos hecho; el bien para recibir la recompensa, y el mal para recibir el castigo.

Lo que ahora nos place en vida, será nuestro tormento en la muerte; y lo que en la vida nos atormenta, en la muerte será nuestra alegría, si lo padecemos todo en Dios y por Dios. ¡O muerte! ¡ó juicio! ¡ó salvacion! ¡ó condenacion! Estoy muerto si no pienso en la muerte; soy un insensato si no temo la muerte: sobrado apego tengo á la vida si me asusta mucho la muerte. No amo á Jesus si no deseo la muerte; y no merezco la salvacion si no temo condenarme: abuso del tiempo y de la gracia de Dios si no me preparo para la eternidad.

### PETICION Y PROPOSITOS.

Los que hemos insinuado en el primer punto serán un excelente fruto de esta meditacion si los ponemos por obra y no se quedan en un vano querer. Nada hay mas frecuente que formar propósitos y resoluciones ineficaces que expiran en la voluntad sin llegar al efecto. Para que tal desgracia no nos suceda, sea la corona de aquellos propósitos el llevarlos al cabo, exforzándonos á vencer nuestra debilidad é inconstancia.

### JACULATORIA.

Deseo morir y estar contigo, ¡oh mi Jesus!

### LECCION.

*Sobre la resurreccion de la muerte del pecado á la vida de la gracia.*

Examinemos esta resurreccion espiritual tan milagrosa como las corporeas que ejecutó Jesucristo en su vida mortal para sacar todo el fruto debido de la que nos recuerda la iglesia en esta dominica.

Yendo Jesus á la ciudad de Naim con sus discípulos y una gran muchedumbre de pueblo, cuando llegó cerca de su puerta, sacaban fuera el cadáver de un hijo único de su madre viuda. Este jóven difunto es el tipo y la semejanza mas ade-

cuada del pecador que aun todavia no está colocado en el túmulo de los hábitos malos, ni en el sepulcro frio de las costumbres pervertidas. Luego que vió el Señor á la viuda, movido de misericordia por ella, le dijo: "No llores, y se acercó y tocó al féretro, y dijo: Mancebo, á tí te digo, levántate." En vano seria en efecto que el Redentor Divino tocasse el cuerpo del pecador, llamándolo por medio de las adversidades, sino hablase á su corazon y lo resucitase de la muerte espiritual con la voz imperiosa y eficazísima de su divina gracia. ¡Cuánto tiempo hace que estamos muertos ó que vivimos como si lo estuviésemos, en un asombroso letargo de insensibilidad! Jesus dice á cada uno de nosotros: Levántate, hijo mio, sal, de ese estado de languidez, de ese sueño mortal que narcotiza todos tus conatos, y que debilita las funciones todas de tu vida. Levántate á trabajar en el negocio de tu salvacion, á cantar las divinas alabanzas, á glorificar á quien te ha resucitado. Dios no cesa de hablarte y te manda que dejes aquel pecado, que abandones aquella mala costumbre, y que mudes de vida; pero en vez de obedecer al primer llamamiento, nos hacemos sordos, y es necesario que el Señor nos repita: *Mancebo, á tí te digo, levántate; sal de ese estado de inaccion ó de tibieza.*

A tres difuntos nos refiere el Evangelio que resucitó Cristo en su vida mortal, y en cada uno de ellos vemos figurado un pecador de los que resucita á la vida de la gracia; el primero fué la hija del príncipe de la Sinagoga, que estaba todavia en su casa, y aun no habia sido sacado su cadáver al público. El segundo es el hijo de la viuda que hoy recordamos, el que no estaba ya en su casa, y aunque todavia no se hallaba enterrado, era conducido ya al sepulcro. Lázaro fué el tercero, no solo sepultado, sino que hedia ya despues de cuatro dias que ocupaba la bóveda. Del mismo modo hay tres clases de pecadores, á quienes en su misericordia concede el Señor la resurreccion á la vida de la gracia. Unos que tienen el pecado en lo interior del corazon, aun cuando en lo exterior no se manifieste: los pecados de concupiscencia y los deseos

perversos causan la muerte del alma aun cuando no se hallan puesto en ejecucion. El que deseara la muger de su prójimo, el que codiciare las cosas ajenas, ya fué adúltero en su corazon, ya es cometido el robo en su ánimo, tiene la muerte en lo interior, aunque no se halla manifestado en el público; mas cuando escuchan estos pecadores la palabra de Dios que les dice: *Levántate*, y condenan el consentimiento que habian dado á la iniquidad, respiran la vida de salud y de justicia, resucitando en su casa y en el centro de su pensamiento.

Hay otros pecadores que del consentimiento proceden al hecho, y estos son los segundos, y lo que se ocultaba en el secreto aparece ya en público: ya van á ser conducidos al sepulcro, pero el Señor, movido á compasion, con inspiraciones divinas ha tocado el féretro de su cuerpo en que estaban sus almas muertas; y sin embargo, para que resuciten, es necesario que eleve su voz divina y que dirigiéndose á ellos muy particularmente, les diga: *Mancebo, a tí te digo, levántate*. Mas ¡oh prodigio de la divina omnipotencia y de la misericordia infinita! Aquel á quien dirige la voz eficazísima de su gracia, repite la escena del hijo de la viuda de Naim, dejando el estado de muerte de pecado, y volviendo á la vida, por la eficacia de la gracia.

Finalmente, á la manera de Lázaro sepultado de cuatro dias hay algun pecador que á virtud del continuo ejercicio de hacer el mal, adquiere un hábito en el vicio, y encenegado en él, se hace defensor de sus mismas maldades, se impacienta cuando se le reprende, y oprimido por las malas costumbres, se halla como sepultado en ellas; pero apesar de tan deplorable estado, el Dios de las misericordias da su divina voz para romper la losa fúnebre, deshacer las fuertes ligaduras que impiden á aquella alma salir de la sepultura, vivificándola en fin, y entregándola á sus ministros para que la desaten por el sacramento de la penitencia.

Hemos visto hasta aquí la perfecta semejanza del pecador con el jóven á quien resucitó Jesus á la entrada de la ciudad de Naim, conforme al sentido moral de la Escritura Santa, ex-

plicado por San Agustin; veamos por último, siguiendo á San Ambrosio, la semejanza que se encuentra entre aquella madre viuda y la Iglesia Santa, de que somos hijos los católicos. Ella llora, no ya la muerte espiritual de un hijo solo, sino la de muchos de ellos muertos por el pecado; pero sus lágrimas por cada uno son vertidas con el mismo afecto que si fuese el hijo único. Nada puede hacer por sí mismo el pecador muerto, para obtener la gracia; pero la Iglesia Santa llora por él, implora en su favor la benignidad del Señor, y con sus lágrimas maternales mueve el corazon de Jesus, á que lo rosucite con su vivificante voz, hasta que se levante el que estaba muerto, hable por medio de la confesion, dé señales de vida, y vuelva al regazo de la madre.



#### DOMINGO DECIMOSEXTO

#### DESPUES DE PENTECOSTES.

Este domingo se llama en toda la iglesia latina, el domingo del hidrópico. Este nombre le vino del asunto del Evangelio que en este dia se leia ya en Roma en tiempo del papa San Gregorio, y que se lee en casi todas las iglesias del Occidente.

El introito de la misa se tomó del mismo Salmo que el del domingo antecedente. Nada es mas afectuoso ni mas tierno que esta oracion. "Moveos á compasion, Señor, á vista de mis clamores y de mis lágrimas, compadeceos de mi alma, que no cesa de implorar todo el dia vuestra ayuda y vuestra misericordia. Confieso que no merezco ser oido, y que la voz de mis iniquidades es mas fuerte que la de mi contrición y de mis lágrimas; pero á lo menos enternecedme á vista de mi perseverancia y de mi inoportunidad." Hay un género de violencia que le agrada mucho á Dios, dice Tertuliano, esta es la que se le hace en una oracion perseverante, y esto es lo que hace David implorando todo el dia la misericordia y la ayuda del Señor.